

Martin Luther King Jr.

Tengo un sueño

Ensayos, discursos y sermones

Selección, traducción, introducción y notas
de Ramón González Férriz



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *I Have a Dream*

Publicado originalmente en *A Testament of Hope: The Essential Writings and Speeches of Martin Luther King, Jr.*, edited by James M. Washington (New York: HarperCollins, 1991).

Publicado por acuerdo con Beacon Press a través de International Editors'Co.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Martin Luther King Jr. en el Lincoln Memorial pronunciando su discurso «I Have a Dream», 28 de agosto de 1963, Washington.

© Flip Schulke Archives / Corbis / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1986 by Coretta Scott King, Executrix of the Estate of Martin Luther King, Jr.

© de la traducción, introducción y notas: Ramón González Ferriz, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-137-1

Depósito legal: M. 28.118-2020

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción. Martin Luther King Jr. y el viaje a la tierra prometida

- 63 Nuestra lucha (1956)
- 77 Dadnos el voto y transformaremos el Sur (1957)
- 86 Amor, ley y desobediencia civil (1961)
- 105 Carta desde la cárcel de Birmingham (1963)
- 133 Tengo un sueño (1963)
- 141 Los negros no van demasiado rápido (1964)
- 152 ¡Nuestro Dios está en marcha! (1965)
- 160 ¿Hacia dónde vamos desde aquí? (1967)
- 191 Veo la tierra prometida (1968)
- 206 Un legado de esperanza (1968)

Introducción

Martin Luther King Jr. y el viaje a la tierra prometida

Separados pero iguales

El 1 de diciembre de 1955, Rosa Parks se subió a un autobús en la parada de Court Square de Montgomery, la capital del estado de Alabama, después de un duro día de trabajo como costurera. Las diez primeras filas de asientos estaban reservadas para los blancos, de modo que se sentó en la plaza del pasillo de la undécima. Los otros tres asientos de la misma fila estaban ocupados. Después de varias paradas, las plazas para los blancos se llenaron, por lo que el conductor pidió a Parks y a los otros tres pasajeros negros de su fila que se levantarán. Tenían que hacerlo todos, porque en Montgomery un negro y un blanco no podían viajar juntos. Las otras personas se fueron más atrás, pero Parks no se movió. El conductor insistió y le dijo que si no se levantaba haría que la detuvieran. Parks le dijo que hiciera lo que qui-

siera. El conductor bajó del autobús, hizo una llamada desde una cabina y al cabo de unos minutos aparecieron dos agentes de policía para llevarse a Parks detenida.

La noticia pronto empezó a extenderse por la ciudad y llegó a oídos de los líderes de la comunidad negra. Clifford Durr, un abogado blanco progresista que colaboraba con la causa negra y conocía a la detenida, pagó una fianza de cien dólares y la sacó de la cárcel ese mismo día.

El caso no era una novedad: Montgomery imponía unas reglas de segregación en los autobuses más rígidas que otras ciudades del Sur de Estados Unidos, y eran frecuentes los insultos de los conductores a los pasajeros negros, que estos tuvieran que levantarse para que se sentara un blanco o que entraran por la puerta trasera del vehículo. Pero en cuanto las asociaciones que defendían los derechos civiles, como la Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) o el Consejo Político de las Mujeres, conocieron el suceso, pensaron que era especial y que podía ser utilizado para intentar acabar definitivamente con la estricta segregación de algunos espacios públicos de Montgomery. De hecho, de acuerdo con las leyes federales, la segregación ya era ilegal. Desde finales del siglo XIX, en los estados del Sur había regido el principio de «separados pero iguales», según el cual estaciones de autobuses, baños y fuentes públicas, escuelas, cafeterías y restaurantes o parques podían segregarse por raza, siempre que las instalaciones y los servicios para blancos y negros fueran iguales, cosa que raramente sucedía. Pero una sentencia del Tribunal Supremo del 17 de mayo de 1954 estableció que la segregación por raza

en las escuelas violaba la Constitución, y emplazaba a eliminarla cuanto antes. En gran parte de los estados del Sur esta decisión provocó perplejidad e ira entre muchos blancos. Varios de sus gobernadores –los de Misisipi, Arkansas, Texas o Alabama, entre otros– prometieron obstaculizar legalmente, o simplemente impedir, la entrada de niños negros en los colegios que habían sido para blancos antes que obedecer la orden federal. Algunos alcaldes prefirieron cerrar los parques públicos antes de permitir que niños blancos y negros jugaran juntos. Pero el Gobierno federal, debido a cálculos políticos o electorales, solo actuaba ocasionalmente para imponer la ley nacional. En todo caso, después de la sentencia del Supremo, la lucha por los derechos en el Sur pasaba por obligar a los estados y las ciudades a aplicar la ley federal y no las leyes, ordenanzas y costumbres locales, sustancialmente más racistas.

Los líderes comunitarios de Montgomery decidieron visibilizar una vez más el problema organizando un boicot a los autobuses. Se imprimieron folletos pidiendo a los negros de esa ciudad que el lunes 5 de diciembre, el día en que Parks sería juzgada, ninguno cogiera un autobús, que fueran al trabajo o a la escuela andando o en taxi. Los negros eran tres cuartas partes del total de los pasajeros, decía el folleto. La empresa se vería obligada a rectificar.

Si querían que el boicot funcionara, pensaron los organizadores, hacía falta extender la propuesta más allá de las asociaciones activistas y conseguir una respuesta verdaderamente masiva, y para eso era imprescindible tener el apoyo de los ministros negros de la ciudad. Hablaron

con uno de los religiosos más volcados en la lucha por los derechos civiles, Ralph D. Abernathy, que a su vez recomendó llamar a otro joven ministro, uno de sus mejores amigos, el reverendo Martin Luther King, pastor de la iglesia baptista de la avenida Dexter, para preguntarle si estaría dispuesto a ceder algún espacio de su iglesia para celebrar una primera reunión entre los religiosos y para coordinar su apoyo al boicot. Al recibir la llamada, King dudó. «Tenía una hija recién nacida –cuenta su biógrafo David J. Garrow– y pesadas responsabilidades en su iglesia (...). “Déjame que lo piense un rato, vuelve a llamarme después”», dijo¹. Pero ya habían dado por sentado su apoyo y se había empezado a citar a la gente en la iglesia de la avenida Dexter. Abernathy le llamó algo alarmado para preguntarle a qué se debían sus dudas. King le dijo que estaba completamente de acuerdo con el apoyo al boicot, y que no tendría ningún problema en que la reunión se celebrara en su iglesia, siempre y cuando él no tuviera que hacer ningún trabajo organizativo. Abernathy aceptó. Todo cambiaría muy pronto.

El hijo del predicador

Martin Luther King Jr. había nacido en 1929; tenía, pues, veintiséis años y había llegado a Montgomery para

1. David J. Garrow, *Bearing the Cross. Martin Luther King Jr., and the Southern Christian Leadership Conference*, Londres, Jonathan Cape, 1988, p. 17. Buena parte del contenido biográfico de esta introducción está basado en el libro de Garrow, que obtuvo el premio Pulitzer de biografía y es una de las obras de referencia sobre la vida de King.

hacerse cargo de la iglesia de la avenida Dexter en septiembre de 1954, solo quince meses antes del incidente de Rosa Parks. Venía de una familia de clase media de Atlanta, la capital del estado de Georgia, llena de predicadores:

Soy hijo de predicador (...) mi abuelo era predicador, mi bisabuelo era predicador, mi único hermano es predicador, el hermano de mi padre es predicador, de modo que no tenía mucha opción, supongo².

Fue un estudiante aplicado y en 1944 entró en Morehouse College, la universidad preferida de la clase media negra de Atlanta. Enseguida dejó atrás las dudas provocadas por los rigores de su educación baptista y empezó a llevar la vida social propia de un estudiante normal de su edad: salía con chicas –también blancas, recordaría un amigo–, iba a fiestas y era un tanto presumido en el vestir. Sabía que su padre deseaba que siguiera su carrera y heredara el puesto en la iglesia de Ebenezer, de la que era pastor titular, pero King tenía dudas. Creía que la mayoría de los predicadores hablaban más de la próxima vida que de esta, y que se dejaban llevar por la emotividad religiosa, cuando desde muy pronto a él le importaron las ideas sólidas y las condiciones sociales de esta vida. En todo caso, en verano de 1947 tomó la decisión: sería ministro. Pronunció algún sermón en la iglesia de su padre, donde fue muy bien recibido, ayudándole como asistente y, en los últimos meses del último cur-

2. Garrow, p. 57.

so en Morhouse, mandó solicitudes a varios seminarios. Finalmente, estudiaría teología en Crozer Theological, una pequeña universidad de Pensilvania en cuyo campus pasó los tres años siguientes.

Si hasta entonces sus compañeros y profesores le habían considerado un estudiante aplicado, pero poco más, en Crozer destacó por su capacidad de trabajo y talento en los debates, sin dejar por ello de participar en la vida social juvenil, salir con compañeros y conocer chicas. En esos años, King leyó a Marx, hizo prácticas como pastor en una iglesia de Queens, en Nueva York, y estudió y se vio muy influido por la obra de Walter Rauschenbusch, un teólogo de principios del siglo XX que sostenía que la iglesia debía implicarse activamente en la solución práctica de los problemas sociales del mundo, que el progreso era posible y que el ser humano podía perfeccionarse. Pero también se acercó a los escritos de Reinhold Niebuhr, un crítico del optimismo de Rauschenbusch que creía que el egoísmo de quienes formaban parte de los grupos privilegiados hacía muy difícil la mejora de la sociedad y que, en el fondo, el poder económico era más relevante que el poder político³. King nunca fue comunista –de hecho, como muestran algunos de los textos aquí recogidos, siempre se opuso a las limitaciones de la libertad individual y religiosa que el comunismo implicaba–, aunque en ocasiones fuera acusado de serlo, una manera efectiva de desprestigiarlo en los peores años de la Guerra Fría entre Estados Unidos y el mundo soviético. Pero fue escéptico con el capitalismo, con su capacidad

3. Garrow, p. 42.

de reforma y la posibilidad de que diera pie a la «fraternidad» que él deseaba. Ese escepticismo, siempre presente, aumentó hacia el final de su vida.

En Crozer también conoció superficialmente la obra de Mohandas K. Gandhi sobre el pacifismo y la acción política no violenta, que, en ese momento, no le convenció; sus ideas sobre la pecaminosidad intrínseca de todos los hombres le parecieron un tanto ingenuas. «Puesto que el hombre es con frecuencia pecador, debe existir cierta coerción para impedir que un hombre dañe a sus congéneres», escribió en un trabajo académico⁴. Había que luchar contra la injusticia, no tolerarla y someterse a ella. No había que buscar venganza, pero tampoco bajar la cabeza, creía entonces. Esas ideas evolucionarían con los años, hasta conformar el núcleo de su pensamiento político sobre la segregación, la pobreza y la indignidad de la vida de los negros –y también de muchos blancos pobres– en los Estados Unidos de la época.

King se graduó en 1951 y, vistos los excelentes resultados, decidió proseguir sus estudios con un doctorado en Boston. Hablaba cada vez más, en reuniones con otros estudiantes, sobre la injusta distribución de la riqueza y el excesivo control que tenía sobre ella una pequeña parte de la población⁵, y siguió estudiando filosofía de la religión y la obra de Hegel, cuyo método dialéctico le ayudó a manejar su ambivalencia entre el progresismo optimista de Rauschenbusch y el pesimismo sobre la naturaleza humana de Niebuhr. Se trata de una síntesis que

4. Garrow, p. 43.

5. Garrow, p. 46.

reaparece una y otra vez, de una forma u otra, a lo largo de los escritos y discursos de King: una apelación constante al amor, sobre todo al amor hacia el adversario, hacia quien te oprime, para no engendrar más odio; pero también una profunda comprensión del poder político, de la necesaria influencia sobre los poderosos, de la relevancia que tiene escoger a alcaldes y legisladores negros, y el recurso constante a las instituciones de la justicia.

También en Boston, una amiga común le presentó a Coretta Scott, una estudiante del Conservatorio procedente de Alabama con la que empezó a salir. En 1953, a pesar de la oposición de su padre, que daba por hecho que el matrimonio de su hijo sería con una hija de la clase media negra de su ciudad, King se casó con Coretta y encararon su último año en la universidad. En 1954 Coretta se licenció en canto, King pasó el último examen de doctorado y comenzó la tesis con la que obtendría el título de doctor un año después.

Pero antes, King ya había decidido renunciar a una carrera como profesor universitario para ser predicador; y más específicamente, predicador en el Sur del país. Se negó a volver a la iglesia de su padre en Atlanta y, después de valorar varias ofertas de contratación, se decidió por la de la iglesia baptista de la avenida Dexter de Montgomery, donde enseguida comenzó a trabajar, mientras terminaba la tesis y su mujer se quedaba embarazada de su primer hijo.

En Montgomery, King trató de integrarse con rapidez en la sociedad y la iglesia a la que acababa de llegar, a la que acudían sobre todo negros de clase media y alta algo desapegados de los ardores teológicos. Participó en

el capítulo local de la NAACP y, tras hablar en una de las reuniones, causó una impresión tan positiva que dos semanas más tarde fue nombrado miembro del comité ejecutivo. Tres meses después se le ofreció la presidencia, pero la rechazó por el trabajo en la iglesia, el nacimiento de Yolanda Denise y la necesidad de terminar su tesis doctoral.

La decisión de la cocina

El 5 de diciembre, el día del boicot, parecía estar siendo un éxito. A primera hora, se podía ver a cientos de negros que caminaban hacia su trabajo o se juntaban para compartir el coche. A las nueve de la mañana se celebró el juicio a Rosa Parks, que fue declarada culpable rápidamente y condenada a pagar una multa de diez dólares. Esa misma tarde, la organización del boicot le ofreció a King presidir la Asociación para la Mejora de Montgomery (MIA, por sus siglas en inglés), un comité para la coordinación de las protestas que se decidieran llevar a cabo con posterioridad. King aceptó. Al final del día se celebró un gran encuentro al que acudieron miles de negros y en el que King dio el que, en cierto sentido, fue su primer discurso político. Las ideas sobre la resistencia no violenta y las estrategias de protesta aún se estaban formando, y se irían refinando al tiempo que él se convertía en un activista cada vez más importante, pero ya estuvieron presentes en esa primera y trascendental alocución a los negros de Montgomery:

Primero y principal, somos ciudadanos americanos y estamos resueltos a dar a nuestra ciudadanía su significado pleno (...). Quiero que en Montgomery y en toda la nación se sepa que somos gente cristiana (...). La única arma que tenemos en nuestras manos esta noche es el arma de la protesta. Eso es todo (...). Pero esta noche quiero decirles que no basta con que hablemos de amor, el amor es uno de los puntos claves de la fe cristiana. Hay otro llamado justicia. Y la justicia es en realidad un amor calculado. La justicia es el amor que corrige lo que se revuelve contra el amor (...). Junto al amor siempre está la justicia, y nosotros solo estamos utilizando las herramientas de la justicia. No solo estamos utilizando las herramientas de la persuasión, sino que nos hemos dado cuenta de que tenemos que utilizar las herramientas de la coerción. Esto no es solo un proceso de educación, sino que es también un proceso de legislación⁶.

Las medidas que la MIA exigió a las autoridades para desconvocar el boicót no pretendían desegregar la ciudad, ni siquiera los autobuses, sino hacer que la segregación fuera más tolerable para los negros. En primer lugar, los negros se sentarían en los autobuses de atrás para adelante; los blancos, de adelante para atrás, según fueran llegando, pero en ningún caso nadie tendría que cederle el asiento a nadie, ni se quedaría de pie mientras hubiera algún sitio libre. Este método se utilizaba en otras ciudades del Sur, afirmaron, por lo que tenía poco de revolucionario. En segundo lugar, los conductores

6. Clayborne Carson *et al.*, eds., *The Papers of Martin Luther King Jr.*, vol. 3, Oakland, University of California Press, 1997, pp. 71-74.

tendrían que mostrarse corteses con los negros o serían sancionados por la empresa. En tercer lugar, los negros podrían pedir trabajo como conductores.

A King le sorprendió que los representantes del ayuntamiento se negaran a cualquier cesión. En ese momento, él y los demás miembros de la MIA pensaron en alargar el boicot no solo unos días, como ya tenían previsto, sino ir más allá. Pero cualquier extensión requería imaginación y cohesión. El segundo encuentro masivo de la MIA tuvo lugar el jueves siguiente. King explicó a los asistentes el fracaso de la primera reunión con las autoridades y propuso alargar el boicot y organizar un sistema de puntos de reunión para que coches y conductores voluntarios recogieran a los trabajadores negros y los llevaran a sus puestos de trabajo.

La reacción de las autoridades blancas fue furibunda y torpe. El periódico principal de la ciudad afirmó que los boicots eran ilegales; ante el descenso de un 75 % de los pasajeros, la empresa de autobuses planteó cerrar líneas y más tarde subió los precios de los billetes; además, el ayuntamiento subió las tarifas mínimas de los taxis. Con la condescendencia habitual, algunos blancos afirmaron que eran negros agitadores de fuera de la ciudad quienes causaban problemas, porque los de Montgomery eran buenos y, además, incapaces de organizar un sistema de transporte privado tan complejo. Pero los negros continuaron unidos y motivados, y el boicot siguió adelante. Un pastor blanco partidario de la segregación reprochó a King que se convirtiera en un líder político siendo ministro de la iglesia. King respondió:

No veo ningún conflicto entre nuestra devoción a Jesucristo y nuestra acción presente. De hecho, veo una relación necesaria. Si uno es realmente devoto de la religión de Jesús intentará deshacerse de los males sociales de la tierra. El evangelio es social además de personal⁷.

Ante la imposibilidad de hacer que los negros abandonaran el boicot, el ayuntamiento radicalizó su postura: la policía empezó a dispersarlos mientras esperaban a los coches que los llevaban al trabajo y, cuando lograban subirse a ellos, les ponían multas de tráfico por infracciones inexistentes. El propio King fue detenido tras dejar a unos trabajadores frente a su puesto de trabajo, acusado de conducir a treinta millas por hora en una zona donde el máximo permitido era veinticinco. King acabó en la cárcel de la ciudad, pero salió a las pocas horas. Una vez en casa, se sintió angustiado. No solo le habían detenido, estaba recibiendo llamadas que le amenazaban de muerte si no abandonaba Montgomery. Empezaba a lamentar haber aceptado la presidencia de la MIA y ser un líder civil.

El 27 de enero, la noche posterior a su breve paso por la cárcel, cuando el boicot cumplía casi dos meses, tuvo una crisis. Incapaz de dormir, se hizo un café y se sentó en la mesa de la cocina. Lo que pensó en esas horas marcaría para siempre su vida. Más tarde lo recordó de esta manera:

Calenté una cafetera. Estaba dispuesto a abandonar. Con la taza de café ante mí, sin siquiera tocarla, intenté pensar una manera de abandonar sin parecer un cobarde. Me quedé sen-

7. Garrow, p. 29.

tado ahí y pensé en una preciosa hija pequeña que acababa de nacer. Llegaba una noche tras otra y veía esa pequeña sonrisa amable. Y empecé a pensar en la esposa dedicada y leal, que estaba ahí durmiendo. Y me la podían arrebatar. O era yo el que podían arrebatarle a ella. Y llegué al punto en que no podía soportarlo más. Era débil (...). Con la cabeza entre las manos, me incliné sobre la mesa de la cocina y recé en voz alta: «Señor, estoy aquí abajo intentando hacer lo que es correcto. Creo que estoy en lo correcto. Estoy aquí defendiendo lo que creo que es correcto. Pero Señor, debo confesar que ahora soy débil, estoy dudando, estoy perdiendo el coraje. Ahora tengo miedo. Y no puedo dejar que la gente me vea así, porque si me ven débil y perdiendo el coraje ellos empezarán a ser débiles también»⁸.

King recordaría con posterioridad lo que consideró una respuesta de Jesús: «Martin Luther, alzate en defensa de lo correcto. Alzate por la justicia. Alzate por la verdad. Y verás que yo estaré contigo. Hasta el fin del mundo si es necesario».

Oí la voz de Jesús diciendo que siguiera luchando. Me prometió que nunca me dejaría solo. En ese momento experimenté la presencia del Divino de una manera que no había experimentado antes. Casi de repente mis miedos empezaron a dispersarse. Mi incertidumbre desapareció. Estaba dispuesto a enfrentarme a cualquier cosa⁹.

8. Garrow, pp. 56-58.

9. Clayborne Carson, ed., *The Autobiography of Martin Luther King Jr.*, Nueva York, Grand Central Publishing, 1998.

El boicot a los autobuses de Montgomery fue un éxito. Duró mucho más de lo previsto, más de un año, y en ese período los medios nacionales más prestigiosos mandaron a reporteros que cubrieron las protestas, los ataques con bombas a la comunidad negra, las detenciones y la cerrazón de las autoridades, lo que granjeó simpatías por el movimiento en todo el país. El 23 de abril de 1956, el Tribunal Supremo ratificó una sentencia que acababa con la segregación de los autobuses en Columbia, Carolina del Sur. La compañía de autobuses de Montgomery decidió acatar esa sentencia y acabar con la segregación, pero el ayuntamiento se lo impidió, apeló al Supremo y obligó a mantener el *statu quo* hasta que se produjera el fallo de esa apelación, que el 17 de diciembre declaró firme el final de la segregación en los autobuses. El 20 de diciembre, los autobuses de Montgomery empezaron a circular sin asientos discriminados por raza. King se subió a uno de los primeros, alrededor de las seis de la mañana, cuando paró en una esquina cercana a su casa. Pagó y se sentó en un asiento de la parte delantera. A su lado lo hizo un hombre blanco que había luchado con él contra la segregación. Aquello no significó el fin de los conflictos en Montgomery –las iglesias de King y de Abernathy siguieron recibiendo ataques y el ayuntamiento hizo cuanto pudo por resistirse a la desegregación–, pero King y los suyos habían ganado la batalla.

El momento y la no violencia

La trayectoria activista e intelectual de Martin Luther King quedaría marcada para siempre por la experiencia del boi-

cot a los autobuses de Montgomery. El creciente reconocimiento nacional de su figura le convirtió en un conferenciante muy codiciado y en predicador invitado en iglesias de todo el país. Pero su insolente juventud, su dominio de los medios de comunicación y su capacidad de persuasión para desplegar una forma de lucha civil que, aunque contaba con precedentes, era novedosa en Estados Unidos, también suscitaron la envidia de otros líderes negros. El año que duró el boicót le ayudó a acabar de definir su idea de la resistencia no violenta y le convenció de que eran imprescindibles cierta terquedad y aprovecharse de los errores de las autoridades segregacionistas. Incluso buena parte de los blancos sabía que la segregación estaba condenada a desaparecer, aunque hicieran lo posible para postergar ese momento. «Después de meditarlo con oraciones, estoy convencido de que ha llegado el momento psicológico en que un impulso concentrado contra la injusticia puede suscitar inmensos logros tangibles», afirmó¹⁰.

Eso, la idoneidad de la ocasión, fue un aspecto importante de su pensamiento: la idea de que *ese* era el momento. Muchos blancos biempensantes, contó en varias ocasiones (véase, en este volumen, «Los negros no van demasiado rápido»), reconocían que la causa de los negros era justa, pero les pedían prudencia, que aplazaran sus demandas para momentos más propicios, que no tensaran en exceso a la sociedad, sobre todo cuando en la década de los sesenta la conflictividad iba en aumento, no solo por la lucha de los derechos civiles de los negros, sino por la guerra de

10. Citado en Coretta Scott King, *My Life with Martin Luther King Jr.*, Holt, Nueva York, Rinehart & Winston, 1969, p. 183.

Vietnam, la Guerra Fría, las protestas estudiantiles y la profunda transformación cultural y sexual del momento. King siempre sostuvo que se trataba de una trampa retórica para caer en el inmovilismo y aplazar para siempre el derecho de los negros a la igualdad. Además, consideraba que la lucha de los negros estadounidenses no era un hecho aislado, sino que estaba relacionado con los acontecimientos que tenían lugar en el mundo de manera simultánea y que él interpretaba como un proceso de liberación de los viejos amos blancos: la reciente independencia de India, la resistencia en Vietnam, la Revolución cubana, los procesos de descolonización en África, la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica y las insurgencias en varios países de Latinoamérica. Pero King tenía claro que, en el caso estadounidense, esa lucha debía producirse dentro de la Constitución y los parámetros democráticos. Las condiciones que habían permitido ese levantamiento simultáneo impedían una postergación e imponían urgencia. Más tarde escribió:

El esclavo taciturno y silencioso de hace ciento diez años, objeto de burla en el peor de los casos y de pena en el mejor, es hoy un hombre enfadado. Está en vibrante movimiento; está imponiendo el cambio, en lugar de esperar sumido en una patética futilidad a que este suceda. En menos de dos décadas ha salido ruidosamente del sueño para cambiar tantas de sus condiciones de vida que aún podría encontrar el modo de acelerar la marcha y adelantar a la rápida locomotora de la historia¹¹.

11. Martin Luther King, «A Testament of Hope», en *A Testament of Hope. The Essential Writings and Speeches*, James M. Washington, ed., Nueva York, Harper Collins, 1991.

Ese sería su proyecto: acelerar los tiempos para la liberación definitiva del negro, para lograr su integración e igualdad y el abandono de la pobreza. Lo desarrollaría con una salud tambaleante, unos niveles de estrés extraordinarios y el acoso constante de sus adversarios, numerosas detenciones policiales y hasta escuchas de la CIA que pretendían desacreditarle. Y también con el recelo de los tres presidentes estadounidenses con los que coincidió su vida pública: Dwight Eisenhower, John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson. Aunque los dos últimos eran demócratas, fueron sus aliados e hicieron avanzar los derechos de los negros, King siempre consideró, como explican algunos de los textos aquí recogidos, que fueron demasiado timoratos y lentos en el avance de la desegregación, que les movían intereses electorales y que nunca tuvieron el valor de parar la guerra de Vietnam ni de redistribuir con los pobres –sobre todo los negros, pero también los blancos– la enorme riqueza del país. Estos dos últimos temas cobrarían cada vez más importancia en su actividad política e intelectual.

Para desarrollar su agenda creó en 1957, después de la victoria del boicot a los autobuses de Montgomery, la Conferencia para el Liderazgo Cristiano del Sur (SCLC, por sus siglas en inglés). Otros grupos, como la NAACP, fundada en 1909, habían optado por las acciones judiciales para mejorar las condiciones de vida de los negros, y contribuyeron enormemente a dar a conocer la limitación en el Sur del derecho al voto de los pobres y de la desegregación de escuelas y espacios públicos posterior a la resolución del Tribunal Supremo de 1955, que decretaba su ilegalidad. En cambio, la SCLC pre-